

LA CULTURA EN EL MERCADO LIBRE*

SYDNEY D'AGVILO

“Un olvidado principio de orden, o mejor, un proceso de ordenación está presente en todos los niveles; el universo muestra una tendencia hacia el orden, que denomino mórfica; en el organismo viable esta tendencia mórfica se convierte en la tendencia hacia la coordinación orgánica (aún por comprender), y en la mente del hombre sano se convierte en la búsqueda de la unidad que da lugar a la religión, al arte, a la filosofía y a las ciencias.”

LANCELOT LAW WHYTE
The Universe of Experience

Este principio de orden, que el régimen estatal se encarga de destruir hasta los cimientos, no es otro que la *autorregulación natural* que se da entre los elementos individuales que componen cualquier ecosistema. Este es *el orden natural de las cosas*, un orden insuperable que se da de forma natural, sin esfuerzo alguno y sin que nadie tenga que hacer nada salvo velar y preocuparse por sus propios intereses, en lugar de entrometerse en los ajenos, que es en lo que se basa una mal comprendida moralidad religiosa que ha servido de pseudo fundamento “moral” al estado organizado para implementar su control sobre la sociedad, con la excusa de preocuparse por el “bien general”, un concepto enteramente equivalente al “interés político” del coaccionador que lo proclama.

Una objeción común de los pseudo intelectuales sobre el mercado libre es que sólo se mueve por intereses económicos, lo que es tan estúpido como decir que la ciencia sólo se mueve por intereses científicos, o el arte por intereses artísticos. No sólo es y debe ser así, sino que esa es la función obvia de la economía: hallar la mejor asignación de los recursos, lo que redundará en beneficio de los consumidores y del planeta en general. Este móvil es muy distinto del

* Publicado en *La Teoría Interválica en Economía: El mercado libre. Tratado de Economía Interválica*, Vol. III: La Sociedad Libre, Capítulo 70, Ed. Intervalic Press, 2019.

del mafiaestado, que sólo se guía por intereses delictivos de dominación y latrocinio sobre la parte productiva de la población, para conseguir que la depredadora casta estatal viva parasitariamente a su costa.

¿Quién iba a subvencionar todas las manifestaciones artísticas y científicas de la progresía o de la conservadoría que no encontrarán financiación en un mercado libre? Pues es muy sencillo. Todas esas manifestaciones subvencionadas, lo son porque la empresa privada no ve nada de valor que recomiende invertir en ellas. Como dice sardónicamente Murray N. Rothbard:

“Intellectuals are the sort of people who believe that, in the free market, they are getting paid far less than their wisdom requires. Now the state is willing to pay them salaries, both for apologizing for state power, and in the modern state, for staffing the myriad jobs in the welfare, regulatory state apparatus.” (Murray N. Rothbard, “A Strategy for the Right” in *The Irrepressible Rothbard*, edited by Llewellyn H. Rockwell, Jr.).

Evidentemente, un intelectual estatista es una contradicción manifiesta, como el color blanco negro. Quienes así se denominan no son sino lechuzas harapientas sin ningún interés por el conocimiento, solemnes inútiles que no pueden ganarse la vida mas que acudiendo a la adulación interesada —y casi pornográfica— de los corruptos jerifaltes del estado organizado, exactamente igual que los bufones de antaño, de quienes son sus dignos herederos. La ventaja de ser un niño superdotado es que estoy acostumbrado a bregar con esta chusquilla barata desde que tenía tres años. Pero fuera de consideraciones personales que a nadie incumben, me atrevo a afirmar que los eventos culturales subvencionados son, casi en su totalidad, manifestaciones politizadas y sectarias que recogen lo peor de cada disciplina, dado que las subvenciones —incluso las científicas, y aquí no quedan fuera las escandalosas e infructuosas sumas milmillonarias destinadas al CERN y demás aceleradores de partículas, que lo único que hacen es intentar sostener con andamios podridos el falso paradigma clásico-cuántico, que es el mismo paradigma estatista-esclavista de la escuela neoclásica traducido al medio físico, como he demostrado contundente

y detalladamente en otro sitio (cfr.: *Intervalic Theory: The Intervalic Structures of Subatomic Particles and the Last Foundations of Physics*)—se conceden por afinidad política, y no por valía científica o artística, conceptos desconocidos para los gestores políticos que asignan arbitrariamente las subvenciones a la patulea estatista privilegiada. Por tanto, lejos de suponer ningún beneficio para las artes y las ciencias, las subvenciones representan un agravio comparativo, una competencia desleal y, en definitiva, un torpedo en la línea de flotación de la cultura, porque fomentan y publicitan la escoria diletante colectivista, a la vez que marginan, censuran y deprimen la excelencia profesional independiente. Las ciencias y las artes bajo la venenosa cúpula mortecina del estado no son ni una débil sombra de lo que serían en el mercado libre.

“NEA [National Endowment the Arts] funds go not necessarily to the best artists, but to people who happen to be good in at filling our government grant applications. I have my doubts that the same people populate both categories.” (Ron Paul, *The revolution*).

Por el contrario, la cultura pagada por mecenas privados no adolece de ninguno de estos males, puesto que se halla en la misma situación que las inversiones que realiza un empresario en el mercado libre, lo que garantiza la óptima asignación de los recursos. Así pues, el único modo de maximizar la asignación de los recursos en el ámbito de la cultura es desestatizándola completamente, eliminando el mercado cultural intervenido y dejando que surja como un poderoso geiser, durante largo tiempo reprimido: el mercado cultural libre. Tristemente, la cultura que tenemos desde mediados del siglo xx, que es cuando el estado desplaza a los mecenas privados y adquiere el monopolio sobre la cultura, es, salvo raras y honrosas —heroicas diría— excepciones, un auténtico pufo, una deplorable estafa intelectual que no persigue otro fin que el de vivir privilegiadamente gracias a su apología del paradigma estatista, lo que el mafiaestado necesita más que comer, ya que los intelectuales son un grupo creador de opinión muy poderoso que el estado necesita tener a favor para poder continuar con el expolio masivo de la población productiva. Luego, podemos decir que el gobierno se ha gastado una enorme cantidad de dinero

desde *circa* 1950 no para promocionar y fomentar la cultura, las ciencias y las artes, sino para destruirlas. Y esto no es un resultado ni impredecible ni indeseado, sino plenamente deliberado y magistralmente ejecutado por los políticos.

Otro procedimiento artero para controlar y destrozar la cultura es la imposición coactiva de las llamadas *entidades de gestión* de derechos de propiedad intelectual. Tales entidades son organizaciones fraudulentas y delictivas según la Ley Natural, puesto que cobran a diestro y siniestro tanto por los autores asociados a ellas, como en nombre de los *no* asociados, quienes por supuesto no ven ni reciben un centavo del dinero recaudado en su nombre. El efecto de semejante proceder no es otro que el de favorecer a la casta estatista de artistas que controlan la entidad de gestión en detrimento del resto. Las entidades de gestión no son sino los corruptos *sindicatos de la cultura*, que distorsionan y destruyen el mercado libre de la cultura para privilegiar a la ralea colectivista de "intelectuales" estatistas y perjudicar a los verdaderos intelectuales.

En el mercado libre la gestión de los derechos de autor es muy sencilla: cada autor puede vender o alquilar o licenciar del modo que estime oportuno los derechos sobre sus obras artísticas, científicas o literarias mediante contratos voluntarios con las diversas empresas, editoriales, productoras, laboratorios, teatros, etc. Sin duda, quienes no quisieran ocuparse de esta tarea subsidiaria, que les restaría tiempo a su labor creativa, podrían contar con la ayuda de *representantes artísticos*, quienes por una razonable comisión sobre las ventas realizarían esta función diligentemente, como ya hacen hoy en día en otros aspectos de la vida artística.

Todo arte y toda ciencia dignos de ese nombre sólo pueden servir a las causas de la libertad y la verdad. Una cultura que sirva a la esclavitud o a la falsedad no puede siquiera denominarse así, pese a que todo lo que hoy se hace pasar por cultura sirva dócilmente a ese depravado amo. La cultura es un actor extremadamente peligroso para el régimen estatal porque puede subvertir la opinión pública y arrancar de cuajo la venda estatista que ciega los ojos de la población subyugada y expoliada en los territorios mafiosamente controlados por estados de toda laya. De otro modo no se puede explicar la ingente cantidad de dinero del presupuesto que

se ha destinado a pastorear la cultura estatista para que siga traicionando su más íntima esencia.

Soy consciente de que los economistas y el público en general alberga reparos a la hora de descalificar al arte o a la ciencia contemporáneas, toda vez que no son especialistas en tales materias y cualquier mindundi podría callarles la boca en un debate sin más que traer a colación cualquier tecnicismo de la jerga artística o científica. Afortunadamente yo no me encuentro en tal situación, sino que quienes a buen seguro evitarían un debate técnico con un servidor serían esos propios especialistas, que se transmutan en unos auténticos bárbaros indocumentados en cuanto los sacas de su estrecho campo, por no decir que también lo son en su especialidad, de la que sólo dominan el falso paradigma (neo)clásico-cuántico, siendo totalmente incompetentes en el paradigma interválico, que es el paradigma correcto, por lo que su grado de incompetencia profesional, epistemológicamente considerado, es cabal y carpetovetónico. Así pues, siento decir que no me duelen prendas en criticar a este amasijo informe de morralla intelectual colaboracionista, que ha vendido su alma al diablo-estado, y pervertido el fin supremo de las artes y de las ciencias —la belleza y la verdad— por un buen plato de sopa boba estatista a costa de ayudar a arruinar la cultura terrestre y la gloriosa tradición de la cultura occidental. Semejante fauna sólo merece mi más absoluto desprecio intelectual, al igual que el de la ideología estatista a la que sirven chabacanamente con un entusiasmo digno de mejor causa.

La evolución que la cultura occidental podría y debería haber tenido desde la Primera Guerra Mundial —provocada por los estados, como todas las guerras— hasta el presente, de haber vivido en un mercado libre, pacífico, sin estados y, por consiguiente, sin guerras, es tan prodigiosa como inimaginable. No es historia-ficción sino simple extrapolación suponer que la cultura y los descubrimientos e invenciones artísticas y científicas habrían continuado durante el siglo xx su ritmo de crecimiento exponencial, ritmo que fue decapitado por las dos guerras mundiales patrocinadas por los estados.

Es una completa anomalía histórica que la Teoría Interválica no fuera desarrollada hace ahora un siglo (salvo en Economía, que, como escribió Rothbard en su “Prólogo” de 1993 a su magno tratado *El hombre, la economía y el estado*, había sido “conservada con

vida en forma clandestina” por Ludwig von Mises desde hacía décadas). En Física la Teoría Interválica es la continuación natural de la teoría de la relatividad de Albert Einstein, publicada en 1905 la teoría especial y en 1915 la teoría general. Por esas mismas fechas Claude Debussy ya componía con intervalos los mejores pasajes de sus obras, aquellos que producen esa inefable sensación ingrátida, impresionista, siendo igualmente la Teoría Interválica su continuación natural. No es aventurado decir que en la década de 1910 las artes y las ciencias se hallaban a punto de caramelo para experimentar una erupción espectacular que hubiera estado protagonizada por la sustitución del vetusto y renqueante paradigma tradicional por el venusto paradigma interválico en todos los campos del saber.

Si ello no ocurrió fue debido precisamente al desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial, que de todas las guerras sufridas por la humanidad se puede decir que ha sido la más planificada, diseñada y ejecutada por los gobiernos sin ningún motivo justificable (aunque ninguno lo sea, salvo el de defensa de un agresor). El pretexto que se buscó para declarar la guerra, el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria en Sarajevo, no tiene ni pies ni cabeza, y menos para que ello desemboque en una guerra mundial para acabar con el Imperio Ruso e instaurar el comunismo, y acabar con el Imperio Austrohúngaro e implantar la democracia, según expreso deseo del desastroso presidente americano, el infame genocida Woodrow Wilson. Y es que cuando describimos cómo serían los servicios en el mercado libre del futuro, no podemos olvidar cómo hubiera sido en un alternativo mercado libre del pasado, que hubiera cambiado drástica y sustancialmente el curso de la historia y de la humanidad. Para quienes sospechamos que los políticos son marionetas psicóticas poseídas psíquicamente por entidades malignas desconocidas por el gran público, nada sucede por casualidad. Y desde luego, la declaración injustificada de la Primera Guerra Mundial en un periodo cultural tan crítico y efervescente, no fue una casualidad, sino que obedece a móviles mucho más abyectos y maquiavélicos que los que postula la versión oficial de la historia tradicional, que es la historia escrita en doble-lenguaje por los propios esbirros del estado académico, de lo que se deduce que no es fiable es absoluto.

Se atribuye a Napoleón Bonaparte la pragmática idea de que la mejor forma de *paralizar* una iniciativa de cualquier tipo es nombrar una *comisión* parlamentaria para que se ocupe de llevarla a cabo. Pero el estado puede considerarse como una gigantesca comisión —con poderes coactivos, mafiosa— compuesta por comisiones —ejecutiva (gobierno), legislativa (parlamento), judicial (judicatura)—, a su vez compuestas por comisiones —ministerios, comisiones parlamentarias, tribunales—, que a su vez se dividen en otras subcomisiones más pequeñas. Luego *el estado es la forma más eficaz de paralizar cualquier iniciativa*. De hecho, la única iniciativa que posee el estado es la de prohibir, latrocinar, robar, mentir, estafar y similares, es decir la utilización de los *medios políticos* para depredar la economía y la sociedad, que no son sino el ejercicio brutal y desproporcionado de la *coacción institucionalizada* contra unos esclavos amenazados y subyugados: los ciudadanos productivos. Se entiende que la cultura, al haber sido apropiada o arrebatada por el estado a la sociedad civil, haya caído en una parálisis permanente, siendo un sector totalmente intervenido del mercado.

En la sociedad libre, e incluso en los siglos XVII a XIX como nos cuentan las crónicas, cualquier músico podía presentarse en un teatro y reservarlo como quien dice, de un día para otro, suscribiendo un simple contrato verbal de colaboración “a taquilla” con el gerente del teatro, que consiste en que el dinero recaudado en taquilla se divide entre el teatro y el artista a partes iguales (o a lo que acuerden las partes). Que cualquier artista intente suscribir tal colaboración hoy en día en uno de los teatros gestionados por el estado... y verá lo que sucede:

Primero, el gestor político de turno ni le recibiría; segundo, con suerte conseguiría que le dieran una cita para dentro de dos meses; tercero, al oír la proposición del artista el gestor político pensaría que está hablando con un loco; cuarto, si el artista no tiene padriños políticos o influencia política de algún tipo no tiene ninguna posibilidad de poder actuar en el teatro; quinto, el gestor político le daría largas y le prometería estudiar su propuesta (¡mentira!: la archivará en el fondo del cajón en cuanto el artista salga por la puerta); sexto, el artista se puede aburrir de esperar, que no se le va a contratar nunca, y siempre recibiría la misma contestación del politicastro de turno, que como ya sabemos se rige por la conocida

máxima de “ni palabra mala, ni obra buena”; séptimo, en el hipotético e imposible caso de que el artista fuera contratado —para lo cual debe tener influencia política—, se le contrataría para dar un concierto o recital para dentro de dos o tres años. En suma, la muerte del arte.

Nunca ha estado el arte tan paralizado por el estado como lo está ahora. Hasta en las, por comparación, semilibres sociedades del Barroco, del Siglo de las Luces o del Romanticismo, los artistas tenían alguna posibilidad de dar conciertos, de expresarse, de crear, de imaginar. La degeneración absoluta de la cultura no se debe a una mutación genética de la especie que inhiba el cromosoma artístico y creador, sino que es responsabilidad exclusiva del estado democrático, el gran castrador institucional del talento y de la creatividad, que ha obturado todos los canales de expresión del arte y ha sustituido la verdadera cultura por un falso sucedáneo liberticida y estatista ideologizado hasta lo urticantemente ridículo.

Aunque por falta de espacio no podamos extendernos sobre el tema, al que con gusto dedicaríamos una monografía independiente, no podemos dejar sin responder sucintamente a la objeción habitual que los colectivistas semimielinizados y demás pseudointelectuales esgrimen contra el mercado libre, a saber, que el mercado no puede sustentar la cultura porque nadie estaría dispuesto a pagar los pingües sueldos de los profesores universitarios de humanidades, ni los de los investigadores científicos, ni en general, a sufragar todas aquellas actividades artísticas, humanísticas o científicas sin una traslación utilitaria inmediata. Como ya hemos adelantado, y la historia lo demuestra, el mecenazgo privado en el Renacimiento y Barroco, e incluso hasta finales del siglo XIX, ha sido mucho más competente que el gobierno a la hora de proteger y fomentar las artes y las ciencias. En el siglo XX, una vez destruida y reemplazada por los gobiernos la institución del mecenazgo, la solución colectivista es que, como los consumidores no desean pagar unos productos o servicios culturales, el gobierno debe obligarles a pagarlos mediante impuestos, es decir, bajo coacción y extorsión.

Aparte de que ninguna actividad financiada por medios delictivos puede llegar a fructificar por estar basada en la más torva y necia inmoralidad, la exigencia colectivista de que la cultura se

financie fiscalmente implica un *rechazo absoluto a la soberanía del consumidor*, que es una importante propiedad del mercado libre. Este desprecio por los deseos del consumidor es una forma patológica de autismo social que apareció con el formalismo vigesimónico. No se trata de que toda importante innovación artística o científica pueda encontrar resistencia al principio, hasta que es aprendida y aprehendida por la comunidad artística y científica, como bien saben y han tenido que sufrir en sus propias carnes todos los genios a los largo de la historia, sino que es la disociación de los espectadores en dos clases antagónicas que se ignoran o desprecian mutuamente: el público, interesado sólo por los rancios detritus del moderno arte industrial, y la reducida camarilla de los pseudo artistas incomprensidos. El arte y la ciencia, como fenómenos sociales, han desaparecido gracias al fatídico mecenazgo del estado cultural.

No hay *mercado del arte ni mercado de la ciencia*: se han eliminado los *productores* —artistas y científicos— porque las subvenciones estatales y su monopolio de los teatros, auditorios, laboratorios y medios de comunicación han estrangulado las posibilidades de existencia de los artistas y científicos con talento, que son sistemáticamente silenciados y condenados al ostracismo por los gestores políticos estatales o estatistas que controlan todos los recursos de los sectores de las artes y las ciencias. Y se han eliminado los *consumidores* —espectadores en el arte, mecenas o empresas de investigación en la ciencia— porque no hay nada que consumir al haber destruido el gobierno la producción de arte y de ciencia privados, independientes del mecenazgo estatal, que dirige y selecciona en la ciencia las nuevas líneas y equipos de investigación, y en el arte los nuevos pseudo artistas o intelectuales que deben ser promovidos en los foros estatizados y publicitados por los medios de comunicación al servicio del régimen estatal.

En su lugar se ha creado un sucedáneo de mercado de arte estatista y de ciencia estatista. En este mercado espurio, políticamente intervenido, se han eliminado los artistas y científicos innovadores, cuya obra suele suponer un desafío para el *statu quo* del régimen estatista-esclavista, y se han sustituido por artistas politizados —simples bufones serviles del estado, groseros y respondones hasta la ineducación— y por científicos burocráticos —vanidosos

correpetidores del paradigma oficial tradicional—. Lo que producen tales actores degenerados es arte industrial de ínfima calidad y ciencia acientífica que sólo busca remachar el tradicional paradigma (neo)clásico-cuántico. ¿Cuáles son los consumidores de semejantes detritus culturales? De los detritus científicos, el mecenazgo estatal; y de los detritus artísticos la masa de súbditos y esclavos desheredados, el lumpenproletariado en que el estado ha convertido a todos los ciudadanos productivos, que en otro tiempo fueron clases altas, medias y bajas con una educación y una cultura de la que ahora lastimosamente carecen, amén de los miembros y esbirros del estado cultural, especializados en el ejercicio de la coacción y la violencia con total falta de escrúpulos, y cuya sensibilidad artística nunca ha destacado por su existencia.

Que el lumpen cultural compuesto por artistoides y científicastro al servicio del paradigma estatista-esclavista condene a voz en grito que las masas saqueadas, humilladas, torturadas, extorsionadas y depredadas por el estado organizado no gusten ni aprecien la descompuesta escatología artística y científica que evacuan estreñidamente (y a cambio de la nutricia bazofia de las subvenciones estatales) es doblemente hilarante, pues por un lado tienen la osadía de considerar como arte y ciencia lo que garrapatean en sus deslucidos dossiers burocráticos, y por otro lado pretenden que un público al que desprecian aprecie sus ocurrencias de patán arrogante y malcriado. Y como no consiguen que lo aprecie, reclaman al gobierno que los fustigue a impuestos y los cubra de latigazos fiscales para que así financien a la fuerza lo que no desean consumir por su propia voluntad.

De manera que si desde mediados del siglo xx un verdadero artista o científico emerge inopinadamente, como una fuerza de la naturaleza, dotado con el toque de la locura divina de la creación, se encuentra con un panorama desolado y desolador, en el que, por culpa del estado democrático, no hay lugar para el arte ni para la ciencia. Lo aberrante de esta deplorable situación es que se culpe al mercado de haber destruido el arte y la ciencia, cuando quien lo ha hecho es el estado. La cultura existía, mal que bien, hasta que el estado cultural se entrometió y metió sus sucias garras en las artes y las ciencias. Pero hacerse cargo el estado de la cultura y acabar con ella fue todo en uno.

Los colectivistas se quejan de que haya un mercado cultural degenerado integrado por unos consumidores sojuzgados y con gustos de esclavos, pero no buscan la solución lógica obvia, que es abolir la esclavitud estatal y hacer un mercado de hombres libres, con gustos de hombres libres, sino que lo único que quieren es castigar y maltratar aun más a los esclavos productivos para que paguen sus caprichos por vía de la coacción fiscal y sin rechistar. Son como mafiosos de medio pelo cuyas “creaciones” cenagosamente subvencionadas hieden en el mundo de la cultura y ponen en fuga a cualquier ser vivo dotado con un mínimo de sensibilidad, incluidos los mamíferos y las plantas, que no soportan sus turbios desafueros panfletarios que hacen pasar por cultura, como se ha mostrado y demostrado en varios experimentos.

Si toda esta fauna colectivista que ha arrasado el mundo de la cultura tuviese un mínimo conocimiento de teoría económica, o sea, de la Escuela Hispano-Austriaca, se daría cuenta del patético desvarío en el que incurren con su conducta beligerante y vindicativa. Aquí podemos ver lo extremadamente importante que es la *metafísica de la economía*, cuya enseñanza destrozaría la superstición colectivista, plagada de falsos mitos, de la que se nutre la pseudo cultura estatista-esclavista, que es la negación de lo que antes de la Gran Peste Estatal (GPE) esparcida por las guerras mundiales se entendía por cultura. Entenderían que tanto las artes como las ciencias, aun cuando sean fenómenos gnoseológicos, son también manifestaciones sociales que no se pueden evadir de los gustos de los consumidores, es decir, del mercado. Entenderían que su modelo ideal de la torre de marfil sostenida por el trabajo de los esclavos productivos —a quienes no desea ver, ni conocer su penosa existencia— es, además de inmoral y antieconómico, inviable e infructífero para el progreso de las artes y de las ciencias. Entenderían, quizá muy a su pesar, que el único orden social posible es el de la libertad, el del puro y radical anarcocapitalismo, el de la sublime e insuperable Ley Natural, que es la fuente ética primigenia de la que manan con fluida abundancia toda prosperidad, toda riqueza y todo conocimiento: en fin, todo arte y toda ciencia.

El mercado libre no sólo es lo único que puede sustentar la cultura, sino que los productores de cultura —artistas, científicos e intelectuales— recibirían una generosa remuneración que ahora se

les niega o alcanza sólo la categoría de limosna ocasional. En la sociedad libre todo el mundo es un empresario —individual o en colaboración con otros—, y todo el mundo es a la vez productor y consumidor de cultura. Esto significa que el tamaño del mercado libre de la cultura sería cientos o miles de veces mayor que el del mercado estatizado. Habría millones de productores y millones de consumidores, cuyos refinados gustos y sutiles exigencias intelectuales serían las propias de unos hombres libres, y no las de unos esclavos preocupados por llegar a fin de mes y asfixiados por un mendaz régimen estatal. La calidad y variedad de los productos y servicios ofrecidos por semejante mercado alado es inimaginable para los estándares actuales. Si bajo un régimen estatal el problema es que los ciudadanos productivos, reducidos a la esclavitud por un sistema criminal, no pueden desarrollar su sensibilidad ni su sentido estético porque bastante tienen con intentar llegar a fin de mes soportando un cerro de impuestos por cualquier transacción o tipo actividad que realicen, en ausencia de estado latrocinador el problema sería el inverso: los ciudadanos productivos, habiendo desarrollado un alto sentido estético, artístico y científico, exigirían a los productores de cultura un alto nivel de calidad. Esta situación es impensable en un mercado intervenido, donde una gran parte de las producciones artísticas o científicas son desechadas por ser demasiado elevadas o avanzadas para el bajísimo nivel intelectual al que el gobierno ha recudido a las masas anestesiadas y cretinizadas por sus infames medios de comunicación, que no hacen sino continuar el tremebundo lavado de cerebro iniciado por la apisonadora de la degradante educación estatal.

En diametral oposición a esta situación de abundancia y libertad, en la sociedad estatizada unos pocos “intelectuales” —prioritaria y preferentemente comunistas— son elevados a la categoría de productores por el gobierno o su oligopolio mediático. Los medios de comunicación estatales o estatistas son los reguladores o “porteros” de la cultura, o para decirlo claramente, los subrepticios censores furibundos y fanatizados que coartan la creatividad y cortan el paso a toda idea o conocimiento que no comulgue con el paradigma (neo)clásico-cuántico, novedades peligrosas para el sistema esclavista-estatista que son considerados como “no apropiadas” o como que “no encajan en la línea editorial”. Nunca la

censura había sido tan total, velada, hipócrita y taimada como bajo un estado democrático. Fuera de estos pocos productores privilegiados y de los coaccionadores estatistas que controlan el mundo cultural, el resto de la ciudadanía son consumidores manipulados que son obligados a tragar y a pagar, directa o indirectamente vía impuestos, las producciones subvencionadas de baja calidad que les ofrece el bufonesco monopolio estatizado de la cultura.

Si recordamos los gráficos de la metodología de la métrica en el paradigma (neo)clásico-cuántico, veremos que los productores de cultura son el puñado de sistemas de referencia o de observadores arbitrarios y privilegiados que controlan e imponen sus valores subjetivos al resto de los actores, reducidos a la categoría de consumidores pasivos y obligados de una pseudo cultura estatizada, a quienes se les dice lo que les gusta y lo que no, porque no tienen posibilidad de elegir otra cosa que la subcultura zafia y degenerada que produce el oligopolio estatal o estatista, cuyo mensaje subliminal incita siempre a la aceptación de la violencia y a la sumisión al régimen estatal, presentado como el único posible. En contraste con esta manipuladora y desagradable imagen, en el gráfico de la metodología de la métrica en el paradigma interválico vemos que todos los actores poseen su propio sistema de referencia, y que por consiguiente no hay ningún observador arbitrario y privilegiado que pueda imponer sus valores subjetivos al resto de los actores porque no hay una organización criminal institucionalizada que respalde mediante la fuerza el mantenimiento de un monopolio cultural y mediático, y porque al haber libre competencia en el mundo cultural, los actores tienen una enorme cantidad y variedad de productos y servicios culturales para elegir, y además a mucho mejor precio y de mucha más calidad, como sucede siempre que la libertad y la libre competencia sustituyen respectivamente a la coacción y a la regulación.